

GLOSAS Y COMENTARIOS

LA ENCRUCIJADA DEL PARO

Centenares de artículos se han escrito estos meses sobre el tema del despido y del paro, como consecuencia del Plan estabilizador de nuestra economía. Conocemos docenas de ellos. La mayor parte de tendencia sociológica: tratan de amparar al operario ante la amenaza del despido. Algunos —de ordinario aparecidos en revistas económicas—, de tendencia moderadamente economista: tratan de llegar, con los debidos respetos al hombre, a la ecuación Ocupación-Eficiencia, es decir a suprimir la «nominalidad» de nuestro censo laboral.

El problema es de los más arduos de resolver. Dos fuerzas casi contrarias se disputan su imperio. La *Sociología* dice: es inhumana e inaceptable cualquier medida que tienda a dejar al empleado en la calle, sin trabajo; las clases más débiles han sufrido demasiado para que ahora soporten casi enteramente la tremenda cirugía de la estabilización; las conquistas sociales logradas no han de perder un milímetro de terreno.

La *Economía* replica: la rigidez de plantilla es incompatible con un reajuste leal de la producción; favorece la indolencia de los malos operarios; padecemos un espantoso paro encubierto que convierte a la mayor parte de nuestros operarios —obreros, administrativos y técnicos— en semipensionados de la industria, por orden del Estado, o en semihuelguistas a veces, a fuerza de desinterés, pasividad, remoloneo, hostilidad o falta de formación profesional adecuada. Y continuando así, imposible producir competitivamente con las fuerzas del exterior. El salario español, que es bajo por analogía a los otros de la Europa Occidental, resulta demasiado alto si se mide en grados de eficiencia. Patronos y obreros (lo hemos oído confidencialmente también a los operarios), están conformes en la irrentabilidad del trabajador español corriente.

Cuando la Economía presenta, no teorías, sino exigencias de rigor científico, no caben consideraciones meramente sociológicas que cierren el paso a su implantamiento. Si el imponente paro encubierto —aunque no como factor exclusivo— vicia nuestra producción, y en consecuencia, el mercado

de precios, es insoslayable la vuelta a la salud operando el tumor de los costes viciados. Otra cosa es que haya de hacerse con frenazos bruscos. Si la cantidad de bienes y servicios producidos pueden prestarlos la mitad del censo laboral en una jornada normal, pero efectuada con alto rendimiento, hay que optar por este camino, pues lo contrario es engañarnos y renunciar a una producción de bienes capaz de elevar nuestro nivel de vida y alcanzar las metas de la sociología cristiana. Así la Economía precede a la Sociología; pero como camino, no como finalidad; como quehacer, pero no como forma.

Desembocamos en una situación análoga a la provocada por el paro tecnológico, con sus inventos o maquinarias que reducen la mano de obra. Ningún país sensato cierra la entrada herméticamente a tales progresos creativos de bienes. Otra cosa es que los implante tajantemente, dejando desamparados, de la noche a la mañana, a millones de ciudadanos.

Toda la sociedad, en pie, debe arbitrar aquellas medidas que forzando con diligencia las etapas que nos lleven al único estado de salud económica (Salarios-Rendimientos o Trabajo-eficiente), permitan la eventual asistencia social a los posibles desocupados, y además los reincorporen en breve plazo a un trabajo rentable.

Hemos oído a grupos de empresarios y de obreros discutir este problema. Ambas partes coincidían en responsabilizar *principalmente* al patrono y su dirección de la irrentabilidad laboral de sus operarios: no han sabido incorporarlos activamente a la corriente creadora de la producción; apenas han sabido dialogar, informar, escuchar e impartir responsabilidades progresivas. Han dejado al trabajador psicológicamente «fuera de la producción». No han sabido concitar todas sus fuerzas creativas. Tampoco era muy fácil lograrlo supuestas tres circunstancias: el resentimiento básico que dejó la impregnación marxista, la mentalidad clasista no expulsada por el doble trauma de la revolución y la guerra, las rigideces social-laborales, impuestas en parte como correctivo a los dos vicios precedentes. Por otro lado, una situación inflacionista y un intervencionismo exagerado, aseguraban a muchas empresas escandallos o tarifas suficientemente compensadoras. Y la economía se envenenaba progresivamente.

Ha llegado por fortuna el tiempo en que se marcha hacia la salud y la verdad financiera, de cara a la Europa Occidental. Si hay que dar paso a los postulados científicos de la economía y además hay que proveer a las atenciones indeclinables de todo ciudadano, ¿qué hacer?

Lo primero ir cancelando —con cierta mesura, para evitar la catástrofe del paro masivo— los *puestos de trabajo ficticios*. Son aquellos en que apenas se rinde, o en que se produce un servicio casi inútil, o una intermediación innecesaria, o unas diligencias superfluas. Se desvanecerán las sociedades que pululaban a la sombra del crédito indebido y del mercado negro.

La liquidación de colocaciones «falsas» ha de traer la creación de nuevas producciones y, por tanto, de más puestos de trabajo. Esto se logrará es-

pontáneamente, puesto que «la producción aumenta cuando uno es libre de establecerse sin otra condición que consultar con su bolsillo y su capacidad; la producción aumenta cuando cada uno es libre de escoger al personal de su negocio y despedirlo (aunque bajo reglas que eviten los caprichos unilaterales) si no rinde; la producción aumenta cuando las primicias materias y todos los recursos están a disposición de quien pueda pagarlos y los precios finales de las manufacturas son los que fija el público que las consume; la producción aumenta cuando el empresario está dedicado a su negocio y no tiene que preocuparse de cupos o distribuciones, de escandallos o intervenciones, ni está sujeto en su trabajo a autorizaciones de clase alguna...; la producción aumenta cuando los productos son libres en su extracción, transformación y venta, y el dueño de ellos es quien marca a dónde van, cuándo van y cuánto ha de cobrarse por ellos...; la producción aumenta cuando existe un clima de trabajo, los horarios son respetados y las fiestas son acontecimientos infrecuentes; la producción aumenta cuando el ganar dinero mediante el trabajo y en competencia con todos, a nadie escandaliza y para nadie es un reto el bienestar del vecino; la producción aumenta cuando los empleos son seguros y la valía de cada cual marca su altura y su salario, sin consentirse equiparación entre los competentes y los tibios; la producción aumenta cuando están abiertos todos los caminos que conducen a ganar dinero trabajando, y están cerrados todos los caminos que conducen a ganar dinero sin trabajar; y sobre todo la producción aumenta cuando el Estado vigila para que no puedan existir medios artificialmente creados por capitalistas, empresarios u obreros, que puedan impedir a cada cual llegar a donde su trabajo, perseverancia y especialización le permitan llegar»¹.

Los puestos laborales brotarán cuando la mayor parte de los españoles sienta que hay que preocuparse más de producir que de distribuir; que es más urgente la multiplicación de bienes que la preocupación excesiva por consumirlos o distribuirlos algo mejor. Una sociología desviada lleva a una «política de distribución o consumo» que asfixia las fuerzas económicas y termina por hacer imposible un alto nivel social de todas las clases. Enormes energías se invierten en lograr ventajas, privilegios, ayudas, amparos; en obtener los servicios o bienes a un precio inferior a su coste, y esto no puede ser. Desanimaría la única vía de solución a largo plazo, que es la producción creciente.

Hay algo que urge incomparablemente más que la redistribución de la renta y el subsidio al parado (que no podríamos mantener largo tiempo), y es la creación de nuevos puestos de trabajo, que se producen cuando se facilitan las inversiones de capital extranjero. Nuestra autofinanciación no

¹ J. L. MASSA, *La economía del futuro*. El último párrafo indica suficientemente que Massa no aboga por un sistema liberal de «laissez-faire» —como comprobará quien lea tan magnífica obra—, sino por una Regulación que permita y respete el juego leal de las fuerzas creadoras.

nos permitirá acortar la distancia industrial que nos separa del resto de la Europa Occidental. Es un deber patriótico, humano y primario, hacer lo posible porque nuestros conciudadanos puedan trabajar y se ganen su sustento.

Si la inversión extranjera no tiene los alicientes necesarios o no conviene que acuda en la medida que los tiempos exigen, existe otra medida que por derecho natural debe implantarse: facilitar el éxodo a los países que multiplican sus puestos de trabajo. Unos 700 italianos llegan semanalmente a Alemania, que abre centenares de miles de colocaciones nuevas, sin gente para cubrirlas, a pesar de la ola continua de refugiados del Este. A la vez estos expatriados enriquecerán a su país con las remesas de divisas ahorradas: Italia es un ejemplo que evidencia la importancia de esta fuente de divisas. Sí, es preferible que los nativos sigan en su país, y más con una tradición familiar como la española. Pero si no podemos darles un trabajo remunerador, hay que optar por permitirselo, con las facilidades consiguientes, fuera de la patria.

Al mismo tiempo hay que invertir más recursos en escuelas de Formación Acelerada que capaciten con presteza a más sectores de nuestro imponente censo de peones, para una colocación especializada y rentable.

Urge la formación en todos sus planos, el técnico y el humano-civil. Estamos envenenados de demagogias, privilegios, amparos, según la clase social en que uno se halle enclavado. Cada uno ha de ganar lo que rinda y valga (salvando la ayuda familiar, asistiendo por otro lado al inválido, pero no al informal ni al perezoso). Hay que afilar el estímulo profesional, más que el amparo al grupo, que tanto rebaja el índice de productividad.

Hay un derecho anterior a todas las exigencias sociales, y es el de *ser ayudado o enseñado a bien trabajar*. Todos los dispositivos que tienden a proteger al productor improductivo formarán una Sociología viciada en su origen, llena de emplastos artificiales, que mantienen acaso al enfermo, pero sin devolverle la salud. Una Sociología sana, se ocupa de formar al hombre para que *sepa* y *quiera* trabajar como Dios manda; le lleva a apoyarse en sus méritos, más que en amparos propios de inválidos; logra defender el futuro del hombre sano y de sus familiares, pero a base de los rendimientos de su trabajo.

Todo esto no lo ha subrayado suficientemente nuestra sociedad. Y nos parece que en ello reside la verdadera rectificación de nuestros males. Si el Gobierno se ciñe con valor a estos cometidos, comenzando por su propia administración, y favorece las inversiones y el trabajo rentable; si las clases dirigentes entrañan esta orientación para impartirla por doquier; si los jefes y organismos laborales procuran cada vez más defender sus derechos a base de estos supuestos, en pocos años habrá cambiado el rostro de nuestra Economía y de nuestra Sociología.

El empresario cristiano habrá comprendido que no cumpliría con sus obligaciones de justicia si no encaminase sus esfuerzos a la capacitación profesional de sus trabajadores; porque sólo después que agotase estas medidas de trabajo rentable para todos sus operarios, podría reclamar su despido.

¿Habrá quien perciba cierta disonancia al escuchar el slogan de más producción y productividad, en una revista de Sociología cristiana? ¿Se trata de una concesión a la tendencia materialista de nuestra era, que está engendrando en demasía el «homo oeconomicus?»

Así sería si pudiésemos prescindir de tanta necesidad material como nos creamos. Así sería si nos conformásemos con aislarnos de los demás países y de nuestras apetencias, sumergiéndonos en la apacible vida del campo, con su austeridad medioeval. Mas si por todos los sentidos se nos presentan nuevos medios de vida, mejores niveles, mayores instrumentos de trabajo y expansión, más exquisitos disfrutes y comodidades; si la comparación con los pueblos y clases que gozan de standards más altos nos angustian, y quedamos arrumbados, fuera del concierto de los pueblos que progresan en su índice de bienes y de vida, hemos de aceptar la divisa del *trabajo productivo*.

Entonces la producción y la economía absorben, sí, más atenciones y cuidados; pero para devolver con el tiempo la renta de una situación más próspera, con paz y seguridad y señorío, condiciones que favorecen la virtud. Puede discutirse la preferencia entre la tranquilidad llena de privaciones, propia de la Edad Media, y la obsesión económica de nuestro siglo. Pero no cabe dudar que, puesto que vivimos en el siglo XX, estamos condicionados a las exigencias de la sociedad, que es industrial y económica. Y los países cristianos han de procurar situarse en primera fila, para torcer la trayectoria económico-industrial, de su inclinación materialista, hacia alturas espirituales. Hay que lanzarse por el camino de la Economía, a fin de implantar nuestra Sociología.

¿Por qué necesitamos *producir* mucho más y mucho mejor? Porque para vivir como *anhelamos*, necesitamos *gran variedad y calidad* de artículos, que no somos capaces de procurarnos sin materias primas, maquinaria y capital extranjeros. Y estas importaciones, tan rentables si se emplean bien, no las podemos pagar más que exportando muchísimo más. Todo hombre sensato se espantará si sabe que mientras en 1930 exportábamos el 34 por 100 de nuestra renta nacional, en 1958 sólo exportamos el 11 por 100.

Bien está pensar en el hecho del paro, para resolverlo, y una de las soluciones estará en remontarse a las raíces de una vida económica sana, como Dios manda. Entonces, renacerá un vivero de colocaciones vigorosas. Y mientras se reajusta el cambio, bienvenido el seguro de paro, aunque sea modesto, y la moderación en la liquidación de los puestos insostenibles.

Cuanto hemos sugerido se refiere principalmente a soluciones a largo plazo. Conviene además implantar, mientras tanto, algunas medidas a corto plazo, a fin de mitigar el posible paro masivo.

Liquidación del multiempleo.—Es una verdadera plaga nacional el acaparamiento de colocaciones, en especial por los ámbitos administrativos, gerenciales, culturales, etc. El trabajador español terminará por convertirse en un «corredor» que se desplaza de un empleo a otro, con la consiguiente

merma de productividad: no sólo por el cúmulo de horas gastadas en los trayectos, no sólo por el dispendio de tiempo que lleva consigo la «puesta a punto» o concentración en un asunto, sino también por la falta de dedicación al quehacer, porque el amor baja conforme sube la poligamia laboral. Buena parte de nuestra población activa se convierte en viajera del empleo. Y esto no ocurre tan sólo en el sector de modestos empleados, ni en el de financieros que dedican media hora a cada negocio, sino a profesiones muy honorables, con gravísima merma de su dignidad y rentabilidad.

La sociedad debe vetar semejante desviación. Y, en la medida de lo posible exigir que, según la índole de cada profesión o empleo, nadie ocupe más de uno o dos puestos de trabajo, convenientemente remunerados, salvo aquellas tareas que por su naturaleza o condiciones admitan la múltiple colocación. Cuánto mejor sería, por ejemplo en Medicina, que un médico del Seguro Obligatorio de Enfermedad, dedicando de 4 a 8 horas diarias, pudiese vivir suficientemente, sin llevar a la vez seis o siete frentes de trabajo, que le rinden en pocos años, sin atenderlos tan bien.

Como los médicos y otros hombres de profesión, los simples empleados, los administrativos y los obreros *tienen que completar* sus ingresos mediante una ocupación de tarde o de noche. Y con frecuencia «reservan» sus energías durante la jornada habitual, con notable reducción de sus rendimientos. Si la masa de despedidos de industrias insostenibles lo exigiese, sería buena oportunidad para ir removiendo esta duplicidad laboral. Esto exigiría, a su vez, que las empresas afinasen su organización de modo que una mayor productividad mejorase los ingresos que ahora han de completarse con «reenganches» o chapucerías en las horas extralaborables. Y esto se puede hacer en no pocas industrias. Sabemos de algunas que consiguen el mismo rendimiento ahora en ocho horas, que cuando hacían horas extra.

Socorro activo, más que pasivo.—No somos partidarios de la ayuda limosnera, que además, por imprevisión, apenas tenemos. La parte que *en justicia* hubiese que entregar a los parados, en régimen de seguro no sería limosna, si verdaderamente el parado ha ganado y producido esa reserva con su trabajo. Pero si esto no ha ocurrido, se trataría de una limosna, que además resulta muy baja para remediar a una familia. Para completarla, conviene que la parte principal de los ingresos del parado provengan de una recolocación en obras públicas, como carreteras, edificios, repoblación. El ocio es depresivo para la mayoría de los hombres, y por ello estamos en contra de las soluciones pasivas. Aquí concuerdan admirablemente las exigencias de la Sociología con las de la Economía.

Solución mixta sobre el despido.—Algunas empresas han procurado, más que despedir al personal excedente —por forzosa contracción de la producción—, reducir el horario laboral, de modo que toda la colectividad fabril sostenga proporcionalmente el sacrificio de la menor cuantía de bienes. Al mismo tiempo, sólo van prescindiendo paulatinamente de aquellos opera-

rios cuyos puestos de trabajo resulten en absoluto insostenibles. Esta solución moderada en que por un lado se evita un paro masivo, bruscamente producido, y por otro, se avanza hacia la verdad y salud industrial que consiste en equilibrar el empleo con la eficiencia, nos parece excelente.

Asistencia pasajera del Estado.—Puede el Gobierno exigir a algunas empresas un sacrificio temporal, en especial si en los años de la inflación prosperaron, de modo que continúen un tiempo sin ganancias, en aras del bien común. Pero si esto condujese a la ruina, el Estado debería pasajeramente subsidiar a las empresas que conviene mantener en atención al bienestar general. Sin embargo, estas medidas no deben prorrogarse, pues en vez de curar un mal, lo cambiarían por otro; y las ficciones económicas no pueden durar sin envenenar toda la economía.

Llega la hora del sacrificio para casi toda la colectividad. Si queremos renacer, no con una Estabilidad mezquina, sino con una Prosperidad Estable, el grano debe morir a fin de que nazca la espiga. La economía actual es *dinámica*. Esto significa que mira al futuro, y por eso crece. La economía estática consiste en consumir hoy, cada año, lo que se produce, y así no se aumentan los recursos que multipliquen la riqueza de mañana, con el sacrificio de hoy. Todo el confort y alto nivel de vida en 1960 es un logro que disfrutamos al precio de renunciaciones de otras generaciones que, en vez de gastar todos sus ingresos, reservaron parte para ampliar el instrumental productor. Si hoy vivimos del ayer, estamos obligados a preparar un mañana que también sea mejor.

Demos fin a la subconsciente esperanza de convertirnos en semipensionados de la vida o del Estado, para ser creadores de un mundo mejor.

M. SÁNCHEZ-GIL, S. J.